



La resurrección comienza anunciando quién es el verdadero Mesías, el que logrará ese triunfo.

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo:

13. «Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre.»

«Subir al cielo para quedarse» significa el triunfo, la victoria definitiva del Mesías y, por tanto, el estadio final del reino de Dios. La respuesta a la expectación

Las expresiones de Jn sobre «el cielo» no deben ser tomadas en sentido espacial. Significa la esfera divina, caracterizada en cuanto excelente (superioridad) e invisible, aunque no inaccesible a la experiencia del hombre.

Cuando Jesús, por tanto, se describe a sí mismo como «el que bajó del cielo», quiere decir que su origen no es simplemente humano, sino que procede de Dios (8,23).

14-15. Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

El "ser levantado" significa al mismo tiempo su muerte y su exaltación definitiva, la manifestación perenne de su gloria, que es la del Padre.

La serpiente del desierto se refiere a un episodio del éxodo (Nm 21,9) que nos ha ofrecido la primera lectura. Con Moisés, la vida que se obtenía era transitoria; aquí, es definitiva. La serpiente libraba de una muerte imprevista, Jesús crucificado dará vida eterna.

Jesús toma el puesto de la ley que salva y que prometía vida. El Hijo del hombre tiene que ser levantado y todo el que se adhiera en esta situación suya, aceptando su amor y el don de su amor, obtendrá vida definitiva, es decir, nacerá de arriba, recibiendo el don que brota de su costado. Juan explicita más tarde que la fe consiste en un "ver" al crucificado: *verán al que traspasaron* (19,37)

16. Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.

Dios no discrimina, **promete salvación a todos** sin excepción. Dios está en el origen del movimiento de la salvación, en virtud de su amor vertiginoso. Quien no la obtenga es porque rechaza su oferta, negando la adhesión a Jesús.

El amor se difunde, se extiende. El móvil del envío es el amor, con una finalidad bien concreta: salvar a todos. Y salvar es pasar de la muerte a la vida definitiva, y eso es posible solo a través de Jesús.

El no creer es responsabilidad del hombre, no de Dios, cuyo amor no hace excepciones. Ante Jesús o se está a favor o en contra, no hay términos medios. Ante el ofrecimiento del amor no cabe más que responder a él o negarse a aceptarlo.

Dar la adhesión a Jesús como Hijo único de Dios es creer en las posibilidades del hombre, en el horizonte que le abre el amor de Dios, pues él es modelo de los hijos que nacen por su medio.

17. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él».

La manifestación del amor de Dios y el don del Hijo único (3,16) se describen ahora en términos de misión (envió ...al mundo). En ambos casos hay un mismo sujeto, Dios; un mismo destinatario, el mundo, la humanidad. El amor de Dios fue el móvil del envío del Hijo y su finalidad era salvar a todo hombre; toda intención negativa queda excluida, el propósito divino es enteramente positivo y universal (el mundo). El Mesías no trae una misión judicial ni excluye a nadie de la salvación: en el Hijo, don y prueba del amor de Dios, brilla únicamente su gloria, su amor y su lealtad

al hombre. No viene a discriminar dentro de Israel, pero tampoco entre Israel y los otros pueblos. Ha terminado el privilegio del pueblo escogido^s. La salvación está destinada a la humanidad entera.

Salvarse es pasar de la muerte a la vida definitiva, y eso es posible a través de Jesús, el dador del Espíritu.

Jesús es «el Hijo», en el cual se unen la raíz humana y la procedencia divina, el máximo exponente del hombre que hace presente la plenitud de Dios.

1. LA CRUZ. NUESTRA EXPERIENCIA

“Acostumbrados desde niños a ver la cruz por todas partes, no hemos aprendido a mirar el rostro del Crucificado con fe y con amor. Nuestra mirada distraída no es capaz de descubrir en ese rostro la luz que podría iluminar nuestra vida en los momentos más duros y difíciles.

Sin embargo, Jesús nos está mandando desde la cruz señales de vida y de amor. En esos brazos extendidos que no pueden ya abrazar a los niños, y en esas manos clavadas que no pueden acariciar a los leprosos ni bendecir a los enfermos, está Dios con sus brazos abiertos para acoger, abrazar y sostener nuestras pobres vidas, rotas por tantos sufrimientos.

Desde ese rostro apagado por la muerte, desde esos ojos que ya no pueden mirar con ternura a pecadores y prostitutas, desde esa boca que no puede gritar su indignación por las víctimas de tantos abusos e injusticias, Dios nos está revelando su "amor loco" a la Humanidad.

«Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él». Podemos acoger a ese Dios y lo podemos rechazar. Nadie nos fuerza. Somos nosotros los que hemos de decidir. Pero «la Luz ya ha venido al mundo». ¿Por qué tantas veces rechazamos la luz que nos viene del Crucificado?

Él podría poner luz en la vida más desgraciada y fracasada, pero «el que obra mal... no se acerca a la luz para no verse acusado por sus obras». Cuando vivimos de manera poco digna, evitamos la luz porque nos sentimos mal ante Dios. No queremos mirar al Crucificado. Por el contrario, «el que realiza la verdad, se acerca a la luz». No huye a la oscuridad. No tiene nada que ocultar. Busca con su mirada al Crucificado. Él lo hace vivir en la luz”. (Pagola)

2. AMOR Y REGALO

Dios ama al mundo, (el mundo-humanidad, el mundo creado), inacabado y en transformación continua, y nos hace el regalo mejor, su propio Hijo. Palabras esenciales para no olvidar. Y sacar consecuencias que no sean de desprecios ni desalojos sino de amor al mundo, no aquel de la tiniebla (el mundo-orden injusto, **el mundo sistema**, del que habla Juan en otros textos) sino aquel de la vida que se nos concede cada día gratuitamente.

“Dios ama el mundo. Lo ama tal como es. Lleno de conflictos y contradicciones. Capaz de lo mejor y de lo peor. Este mundo no recorre su camino solo, perdido y desamparado. Dios lo envuelve con su amor por los cuatro costados. Esto tiene consecuencias de la máxima importancia.

Dios no sabe ni quiere ni puede hacer otra cosa sino amar, pues en lo más íntimo de su ser es amor. Por eso dice el evangelio que ha enviado a su Hijo, *no para «condenar al mundo», sino para que «el mundo se salve por medio de él»*. Ama el cuerpo tanto como el alma, y el sexo tanto como la inteligencia. Lo único que desea es ver ya, desde ahora y para siempre, a la Humanidad entera disfrutando de su creación.

Este Dios sufre en la carne de los hambrientos y humillados de la Tierra; está en los oprimidos defendiendo su dignidad, y con los que luchan contra la opresión alentando su esfuerzo. Está siempre en nosotros para **«buscar y salvar»** lo que nosotros estropeamos y echamos a perder.

Dios es así. Nuestro mayor error sería olvidarlo. Más aún. **Encerrarnos** en nuestros prejuicios, condenas y mediocridad religiosa, impidiendo a las gentes cultivar esta fe primera y esencial. ¿Para qué sirven los discursos de los teólogos, moralistas, predicadores y catequistas si no hacen la vida más bella y luminosa recordando que el mundo está envuelto por los cuatro costados por el amor de Dios”?

Y esas palabras me las dice hoy a mí. Tanto te ama Dios que te regala a su Hijo. Y **te ama tal como eres**, con tus incoherencias y contradicciones, con tus negaciones y rechazos, con tus búsquedas y encuentros. Capaz de lo mejor y de lo peor. Y ese Hijo no te va a juzgar y condenar sino a liberarte de tantas dependencias y ataduras, de numerosas huidas y de tantos aplazamientos para iniciar un camino de seguimiento al Señor.

Y el seguimiento hoy, en esta época de crisis, pasa por **acercarnos a los hombres y mujeres SIN**. Sin pan, sin trabajo, sin higiene, sin casa, sin descanso, sin ayer, sin mañana, sin papeles, sin esperanza.

- *¿Soy consciente de ese amor y ese regalo?*

3. CONDENAR O SALVAR

Condenar o salvar. Todos los días pasan por **nuestro tribunal**, bien de pensamiento o de palabra, aquellos que Dios nos pone en nuestro camino. ¡Que pocos se salvan de nuestros juicios! Nuestra lengua es mordaz, hiriente, resbaladiza. **Jesús vino a salvar**, a rehabilitar, a hacer crecer lo mejor que cada uno tiene dentro. **Y no aplastar “la mecha que humea”**.

También, a veces, nos sentimos dentro de la Iglesia con unas prácticas de condena y rechazo. **Nos sentimos más juzgados que salvados**. Con unas normas que aplastan y no dan respiro. ¿A qué se debe? Si el Evangelio es Buena Noticia y Dios es pura voluntad de salvación, ¿qué es lo que puede estar fallando?

- *¿Emito juicios sin pensar en las consecuencias, sabiendo que dejan huellas?*
- *¿Hago lo posible por salvar lo mejor que hay en cada persona, más que hundir y condenar?*